

Eulogio Robles Rodríguez

Costumbres y creencias araucanas (1)

EL BRUJO TRAIPI

En uno de los últimos prados del valle del Llaima, en la parte en que va siendo estrechado por dos cadenas de cerros, antes de morir al pie del macizo de la Cordillera de Los Andes, vivía (1908) el viejo cacique Pedro Traipi. No había sido tranquila la posesión sobre la tierra que ocupaba, pues, tuvo controversias agrias con un chileno, veterano de las avanzadas de la civilización en esos apartados parajes, que cultivaba otro prado contiguo al suyo que, en sentir del anciano cacique, a él pertenecía.

En la comarca aseguraban que Traipi era brujo, que volaba de noche convertido en ave siniestra, que tenía defensores que lo preservaban de maleficios y que disponía de agentes para las actividades propias de los brujos. Cerca de su *ruca*, al lado del camino, había un pequeño pozo en el cual, según referían los vivientes de la región, introdujo Traipi un cerdo recién nacido que no murió al deparársele un medio tan distinto al en que viven sus congéneres sino que le produjo la extraña peculiaridad de evitar su crecimiento. El animalito le mantenía siempre limpia el agua, al revés de lo que pudiere pensarse; era uno de sus defensores, desempeñaba también la función de ser intermediario para comuni-

(1) Ver *Anales de la Universidad de Chile*, 1906 - vol. CXIX, pág. 169 - 1908 - vol. CXXIII, pág. 583 - 1910 - vol. CXXVI, pág. 329 - 1910 - vol. CXXVII, pág. 151 - 1911 - vol. CXXVIII, pág. 549 - 1912, vol. CXXX, pág. 343 y 1914, vol. CXXXIV, pág. 223 - «Costumbres y creencias araucanas».

carse con *Genechen*, es decir, con «el que gobierna los hombres», según la traducción literal de este vocablo, y por último, era su consultor obligado antes de disponerse a practicar un daño.

Al pie de su *ruca* había hecho Traipi un cerco de *coligües* para cerrar un pequeño pedazo de terreno en que cultivaba tabaco, que de otra manera no habría podido tenerlo continuamente, sobre todo invierno en que no era dable atravesar bosques tupidos, lomas resbaladizas y ríos en crecida a fin de comprar el artículo.

Adoptaba, a veces, una rara manera de fumar: tendía en el suelo algunos *pontros* y colocándose sobre ellos se cubría con otros y fumaba más y más hasta que se dormía.

Ha llegado, a pesar de esa costumbre, a una avanzada edad.

El viejo se bañaba al amanecer, cuando la luz indecisa del apuntar del día dibuja débilmente los contornos de los altos cerros, y no abandonaba este hábito, así lloviera o cayera nieve o se levantara la espesa niebla que llena el valle, emparejándolo con la montaña. Decía Traipi que esta costumbre la había heredado de sus mayores y que la seguiría mientras viviere.

—¿Qué edad tiene Ud.? le preguntamos.

—Los *mapuches* no llevamos cuenta de los años, nos respondió.

Y como insistiéramos para que nos dijera su edad aproximada, no quiso expresarla en español y contestó displicentemente en su idioma: *Quien sabe epu pataca tripantu*, lo que significa: «talvez doscientos años. . . .»

No ha dispensado ni a sus amigos de sus maquinaciones profesionales y víctima de ellas fué Antonio Huichapan que se contaba entre los vecinos que con él mantenían relaciones de buena amistad.

Un día de los largos inviernos de la montaña, días oscuros porque los altos cerros privan pronto de la escasa luz al valle, en que la niebla no se disipa y se respira vapor de agua, Huichapan invitó a Traipi a pasar la jornada bebiendo aguardiente al calor y a la lumbre del hogar.

El viejo era bravo para acometer al *blanco-toro*, denominación que dan los indios a esta bebida. Los amigos bebieron y bebieron dentro de una atmósfera sobrecargada de humo, mientras el viento bramaba con furor, azotando la *ruca*.

A fin de librar algunas botellas de la inextinguible sed alcohólica del viejo, Huichapan, con la mira tal vez de hacerle otro convite, ordenó disimuladamente ocultar dos y agotado el contenido de las botellas que tuvieron delante, Traipi pidió más licor, pero Huichapan le dió la mala noticia de que se había concluído.

—No es cierto, dijo el viejo; quedan dos botellas y me la has de pagar, Huichapan, que tan mezquino te portas con tus huéspedes.

Las mujeres y los niños de la *ruca* que esto oyeron, y el propio Huichapan, quedaron sobrecogidos de temor: Traipi había penetrado el pensamiento del dueño de casa y algo muy malo significaba para el porvenir la amenaza del viejo.

El descubrimiento de Traipi en orden a la ocultación de las botellas confirmó a la familia en la opinión general que le atribuía la facultad de ver lo que piensan los demás.

Traipi no ponía largo plazo para el cumplimiento de sus amenazas, y ésta la realizó al día siguiente.

Huichapan amaneció enfermo.

Realmente, el brujo había desencadenado *huecubos* que se apoderaron del cuerpo del pobre indio y lo hicieron delirar hablando mil despropósitos.

Traipi se daba el placer de visitar diariamente al enfermo para imponerse del efecto de su obra y con la intención de no dejarlo a medio camino.

Al término de cada una de estas visitas, Huichapan empeoraba a ojos vistas; era evidente: el viejo le echaba más *huecubos* para que lo acaloraran.

La comarca entera atribuyó al brujo la culpa de la dolencia.

La familia se alarmó, pero ninguno de sus miembros tuvo el coraje de encararse con él para pedirle la suspensión de sus visitas, porque podrían sobrevivir males mayores si lo irritaban, ya que tenía poderes bastantes para dejar sin vida a todos los moradores de la *ruca* y era entonces necesario apelar a otros procedimientos que no trajeran por consecuencia la ira del viejo.

Si no se podía acudir a medios directos y perentorios, habría que echar mano a la astucia y se arbitró poner una botella de aguardiente a la orilla del pequeño estero Gotacure en la parte por donde tendría que pasar el viejo para hacer sus visitas.

La prueba salió bien: Traipi la encontraba e inmediatamente regresaba a su *ruca* a beber el *blanco toro*.

El enfermo iba mejorando.

Fué repetido este experimento y siempre con buen resultado, pero causaba gastos dispendiosos a la pobre familia.

Hubo en casa de Huichapan un consejo de *machis* que deliberaron largamente acerca de la curación del enfermo y se convencieron que los usuales medios para sanarlo a que podrían recurrir haciendo las manipulaciones de un *machitum* resultarían ineficaces.

La pericia profesional de las *machis* sería impotente para contrarrestar la acción del brujo.

Resolvieron entonces que *robara* la familia al enfermo.

El robo iba consistir, sencillamente, en trasladarlo a otra parte a donde no pudiese llegar el brujo para, así, sustraerlo de su imperio.

Se le sacó ocultamente una noche para trasportarlo a Icalma, a la Argentina.

El enfermo empeoró tanto que sus conductores se vieron obligados a pedir hospedaje en una *ruca* que encontraron en su camino, en donde murió tan pronto como trabajosamente lo descendieron de su caballo.

Unos zorros comenzaron entonces a correr en torno de la *ruca*....

Eran Traipi y otros brujos invitados por él para que vieran el fin de su obra....

Se creería que por los singulares poderes de que Traipi estaba armado, y de los cuales usaba frecuentemente, que fuera hombre rico, y sin embargo no era así, como bien lo revelaba la pobreza de su *ruca* y la mísera indumentaria de sus tres mujeres y la de sus hijos.

—¿Cómo se las aviene Ud., amigo Traipi, le preguntamos, para mantener en paz a sus tres compañeras?

—Se portan muy bien, nos respondió, porque cuando una se porta mal, las castigo a todas....

Decían que este viejo era pobre a la luz del sol, pero no bajo la tierra.

Traipi tiene *reni* expresaba con misterio la gente, esto es, poseía un subterráneo paralelo a la tierra que ocupaba:

ahí obsequiaba a sus amigos, brujos o no brujos, con banquetes y muchos entretenimientos, entre ellos, las carreras de caballos, a las que era muy aficionado.

Por supuesto que en el *reni* mudaba de pelaje, usando ropas nuevas y elegantes.

El caballo de que se servía en el *reni* estaba bien enjaezado, le ponía lujosa silla, lo guiaba con riendas de adornos de plata y sus estribos no eran de palo como los que llevaba en la superficie de la tierra, sino de ese mismo metal.

A media noche en punto bajaba al subterráneo y cuando invitaba a chilenos, éstos referían después que a la entrada del *reni* estaban apostados como guardianes dos leones de la tierra, uno a cada lado de ella.

No se ha oído que esos animales hubieran atacado a ningún visitante y parecía que su misión no era otra que la de impedir el paso a los que no guardaran absoluto silencio.

Los convidados de Traipi y los brujos que le servían de ayudantes y consejeros deberían encontrarse fuera del *reni* antes de amanecer.

Mientras conversábamos acerca de él, llegó a la casa en que nos habíamos detenido, una anciana chilena que parecía ser víctima del brujo, según lo enferma y reseca que se encontraba.

Usaba manda de Virgen de Lourdes, y hacía un recorrido como de dieciocho leguas a caballo para darse baños en pequeñas y sucias pozas de aguas minerales existentes al término del cajón del Llaima. Impuesta de lo que hablábamos, enriqueció nuestras informaciones con algunas recogidas por ella, manifestándonos que un chileno, que había penetrado al *reni* de Traipi, tuvo la sorpresa de encontrar a una comadre, muerta muchos años atrás.

—¿Ud. por aquí también, comadre,? le dijo su pariente espiritual.

—Sí, compadre, ya lo ve Ud.

—Ud. pasará mejor aquí que allá arriba, comadre, porque don Traipi se trata muy bien y es generoso.

—No lo crea, compadre, en este lugar sufrimos todos; lo que Ud. vé son puras apariencias; no comemos ni bebemos y esas carreras de caballos que hemos presenciado son puras ilusiones, como todo lo que Ud. ve ahora.

El compadre quiso probar experimentalmente las afirmaciones de su comadre y pretendió tocarle el cuerpo.

La comadre desapareció de su vista. . . .

Una vega incluída en la propiedad de Traipi es, en parte, de tierra fofa y los caballos, principalmente cuando había llovido, hacían hoyos en ella.

— Estamos agujereando el techo de la casa de don Traipi decían entonces los jinetes que reparaban en esto.

Traipi fué uno de los últimos caciques en someterse a la autoridad chilena, y guerreaba a la cabeza de sus mocetones indistintamente en territorio chileno como en territorio argentino, escapando, cuando era vencido, de las tropas que lo perseguían a los breñales de la cordillera en donde no le faltaban piñones de que alimentarse.

Cuando en los primeros días de 1883, se fundaban los fuertes en la parte oriental de la Araucanía para establecer la línea de Alto Bio - Bio a Villarrica, Traipi y los suyos celebraron un *guillatun* n que esacrificaron a un prisionero, casi a la vista de las tropas del Comandante Drouylli que acababa de fundar el fuerte del Llaima, en un lugar que se nos señaló cercano al río Peuco, de aguas deliciosas.

Según decían en la comarca, Traipi y otro indio llamado Coilla, huyendo de las tropas salidas de ese fuerte, llevaba delante de ellos a un prisionero y al llegar al furioso río Trufull - Trufull, que corre en pendiente pronunciadísima, en lecho erizado de escorias del volcán cuyas ondas crespas ofrecen la ilusión de un blanco y movible velo, el indio Coilla dió al infeliz un golpe de maza en la cabeza que lo dejó muerto.

Un anciano chileno que vivía largos años en esas regiones, presumía que estos sacrificios de prisioneros podrían ser represalias de atrocidades cometidas con indéfensos indios en la mísera reducción de Alicahue, en Noviembre de 1882.

Traipi y Coilla fueron aprehendidos al poco tiempo después del asesinato de los cautivos y algunos vecinos nos refirieron que los habían visto amarrados en el fuerte de Llaima de donde se les envió a Angol para su juzgamiento y que allá se les recluyó en una prisión de la cual consiguieron fugarse. En ella se les enseñó rezos y el canto de himnos religiosos.

Aun recuerda Traipi algunas estrofas que repetía cuando el acohol lo alegraba:

*Oh! María, madre mía,
Oh! consuelo del mortal:
Amparadme y guiadme
A la patria celestial. . . .*

El canto le sirvió de ayuda para evadirse una noche de la prisión.

Distraía con él la vigilancia de su centinela, apagando el ruido que podría percibirse mientras que con un fierro que le fué proporcionado, horadaba la muralla que le impedía salir al campo libre.

*Oh! María, madre mía,
Oh! consuelo del mortal. . . .*

Y el indio proseguía incasablemente el canto mientras con tesón se entregaba a este trabajo.

El centinela hacía la ronda alargando los pasos para espantar el sueño.

Seguía el canto. . . .

Terminada la labor, se fugaron Traipi, Coilla y otros detenidos que habían procurado en esa propicia oportunidad encontrarse en el calabozo del primero.

De pronto cesó el canto religioso.

Los indios se han dormido, pensaría su guardián. . . .

Mientras tanto, ocho presos, anhelantes de libertad, se agrupaban en torno del cacique.

El silencio de la noche permitía escuchar distintamente los pasos del centinela.

En un momento en que éste se alejó del calabozo, estando ya concluido el forado, Traipi y sus compañeros salieron al campo.

El centinela los sorprendió. Dióse la alarma. Patrullas de soldados fueron en persecución de los prófugos.

Solo cautivaron a un indio, al último que escapó por el boquerón abierto.

Atravesando cerros, ocultándose en matorrales de profundas quebradas, penetrando en las montañas vírgenes, introduciéndose en la maraña espesa de las quilas y en el inextricable laberinto de robles y *coigües* que oscurecen el día, Traipi y Coilla vagaron algún tiempo.

Por fin, al cabo de varios meses, llegaron al propio valle del Llaima, cuando supieron que la guarnición había abandonado el fuerte.

La Chumpall

Una apacible noche de luna (Enero de 1906) sentados a orillas del lago Budi, en la isla Huapi, a espaldas de la pequeña capilla de madera, a cuyo lado se encontraba la habitación del padre Félix de Augusta, ilustre investigador de la lengua araucana, un muchacho que desempeñaba los oficios de acólito del Padre y de ayudante de la escuela para indígenas que este religioso tenía en la isla, mientras pensativo contemplaba el lago, nos dijo que a las doce del día surgía de él una mujer desnuda y extremadamente bella, de tipo europeo, de profusa cabellera rubia, tan larga que llegaba al suelo, arreglándosela con peine de oro. La mujer es muy vergonzosa y tan luego como alguien, sobrecogido de admiración, quiere fijar los ojos en el hermoso cuerpo, se sumerge con rapidez en las profundidades del agua.

En la región se la llama *La Chumpall*.

Preguntado el muchacho acerca de si la aparición de esta dama comportaba daños o beneficios al que la sorprendía, nos respondió que era inofensiva y que tampoco había oído decir que hubiera obtenido algún beneficio el que pudo verla.

Diferentes en algunas particularidades recogimos de ella datos en otras partes. Así, el cacique Llancacura, que vivía a orillas del río Imperial, nos aseguró que salía a la madrugada con el objeto de peinarse la enorme cabellera rubia con peine de oro; pero que tiene los brazos y las manos semejantes a las patas de ánades para nadar con facilidad y que no es inofensiva porque quien la mira pierde la vista, lo que no sucedió a nuestro informante, sin duda alguna por haber contemplado el cuerpo de la *Chumpall* con sorpresa, pero sin ninguna idea pecaminosa.

Mansión más poética, si cabe, que la del lago Budi y dignísimo decorado ofrece a la *Chumpall* la laguna de Carilafquen, en la cordillera de Los Andes, en el paso del boquete del Llaima en donde empiezan a insinuarse aquí y allá los pinos para ser, en la cumbre y en la parte de su falda que da a la Argentina, casi los únicos árboles grandes que forman la montaña, cuyos troncos alcanzan tal grosor que apenas pueden abarcarlos cuatro hombres tomados de las manos. Esta laguna es una de las mayores bellezas de la cordillera: de pequeño diámetro, de forma casi circular, rodeada de altísimos árboles a modo de muralla de verdura: mirándola desde la cumbre, el viajero queda sorprendido de su singular belleza: podría decirse que ve enorme esmeralda líquida engastada entre el bosque, de aguas verdes, puramente verdes, con toda la gama de este color, producida no sólo por el ambiente sino también por su profundidad.

Carilafquen quiere decir en *mapuche* Laguna Verde y se anuncia al viajero que sale desde Chile por el ruido de la hermosa cascada que la forma, vaciándose en una hondanada desde la altura de cuarenta metros casi verticalmente. Ahí, de súbito, aparece la *Chumpall*, no ya a orillas de la laguna, sino apoyada en un tronco de árbol que sobresale de uno de sus extremos. La aparición es fugaz, seguramente porque quiere preservar su hermoso cuerpo de las ofensas de los tábanos y *coliguachos* que a la hora en que sale, al medio día, si hay buen tiempo, molestan con tenacidad, como lo han experimentado los viajantes de esa región y sus cabalgaduras.

La *Chumpall* se deja ver todavía en territorio argentino, en el lago Moqueo, de aguas clarísimas y profundas, que se encuentra casi al frente del Llaima, pues, según nos lo dijeron algunos vivientes de la comarca, cuando el sol brilla con más intensidad, se la puede ver con su peine de oro.

En algunas partes se nos expresó que la bella habitadora del agua no es insensible al amor y que es ella quien toma la iniciativa; busca a los jóvenes y los sigue. Agregan que es rica y generosa. Los mapuches que nos refirieron esta liviandad de la *Chumpall* nos manifestaron que quien la ve en el momento preciso en que aparece no queda ciego, como nos expresó el cacique Llançapura, sino que se ha hallado la suerte y prospera en todo.

Una viejita llamada *Nagtui* nos dijo haber visto a la *Chumpall* a orillas del Cautín una mañana en que fué a buscar

agua, en un tiempo en que no era pobre como entonces, pues tenía marido e hijos, ya muertos. Lo que más le llamó la atención a la *papay* fué su pelo rubio, que no lo llevaba suelto como otros nos lo aseguraron, sino hecho trenzas con las que se rodeaba dos veces la cabeza, y no obstante, le llegaban hasta la cintura.

Hay también *Chumpall* del sexo masculino.

Algunos vecinos de la *Nagtui* han contado que un indio envió al río a dos de sus hijas a buscar bergamota.

Hacía calor. Desearon las muchachas tomar un baño.

Antes de lanzarse al agua se pusieron sobre enorme piedra ligeramente ahuecada que sobresalía del río, próxima a la orilla.

Una de las jóvenes entró pronto al agua. La otro pretendió seguirla, pero notó que la piedra se hundía poco a poco.

Con terror se impuso que estaba pegada a ella. Quiso desprenderse sin coseguirlo. Su corazón comenzó a latirle fuertemente. Tuvo enorme pavor. Dió horroroso grito.

Su compañera que, descuidada, jugueteaba en las ondas, acudió a ver lo que ocurría: su hermana se iba sumiendo en el agua, que ya le llegaba a la cintura y la piedra había desaparecido debajo de su cuerpo. Prorrumpió con pavor en gritos y fué a pedir auxilio a la vecina *ruca*.

Acudió luego al río mucha gente que trató de zafarla de la piedra.

Quien la tomaba de un brazo.

Quien sumergía las manos en el agua y así las poderosas piernas de la mocetona para sacarla afuera.

Inútil

Apelaron a otros medios.

Algunos indios a caballo le echaron un *pehual* al cuerpo.

La muchacha al cabo de algunos momentos dió muestras de tranquilizarse y rogó a los que querían salvarla que no siguieran molestándola.

Y desapareció.

Después de un año llegó la niña a la *ruca* acompañada de una guagua. . . .

Dijo que estaba casada con un *Chumpall* joven.

Nos refirieron en la costa de Bajo Imperial que mientras una niña araucana se paseaba en la playa, muy elegante, adornada de «toda su platería» salió en una ola un *Chumpall* y la arrebató, llevándosela mar adentro en presencia de sus parientes que andaban mariscando.

La familia la creyó perdida; pero al día siguiente se acercó a la playa con el agua hasta el pecho, pues, no le era permitido tocar a la tierra y dijo a sus deudos, que quisieron ver si el mar la había arrojado afuera, que no lloraran por ella y que se había casado.

El raptor procedió de manera distinta de la empleada por el que sustrajo a la mocetona en la ribera del Cautín, pues, siguiendo la costumbre mapuche que obliga al marido a pagar un precio por su mujer, lo satisfizo con productos del mar, arrojando a la orilla *cutamas* de pescados, choros, *machas*.